X Concurso de Cuentos «Mari Luz Puche»

Primer Premio • Categoría C

El día que la perdí

3.30 A.M.

El teléfono se incrustó como aguijón que penetra poco a poco en la piel, punzante…

No podía ser nada bueno a esas horas. Mi madre lo cogió. Sólo se distinguía un susurro en la oscuridad de la noche, no reaccionaba. Todavía inmóvil por el sobresalto, distinguí unos pasos rápidos, voces. Me preparaba para lo peor mientras mis músculos iban desengarrotándose uno a uno y muy lentamente.

Cuando al fin conseguí reaccionar, me levanté.

Mi madre se quedó inmóvil frente a mí, ya vestida, todavía golpeada por la dureza del momento. Entre sollozos consiguió escupir sólo dos palabras: "TU HERMANA"

Un silencio ensordecedor invadió el instante. Fueron segundos, incluso décimas lo que pareció durar horas, cuando continuó diciendo: está en el hospital. Ha sido un accidente de coche yendo a Alicante.

Intenté asimilar los acontecimientos uno por uno y ordenarlos, cosa que me llevó varios minutos.

Corrí a mi habitación, me vestí, y cuando terminaba apareció mi padre.

-Vuelve a acostarte.-dijo con voz seca.

-¿Por qué? -Contesté confuso.

-Los zagales no se pueden quedar solos. Y además es una hora de viaje.

No lo podía creer. La espera sería eterna. No podría pegar ojo en toda la noche, pero no podía ponérselo más difícil. Nunca había visto a mi madre con esa cara, parecía como si un peso enorme hiciera caer todas sus facciones, era un panorama desolador.

Mi padre se encontraba ya en el coche, mi madre terminó de coger las cuatro cosas que le faltaban.

Cuando me di cuenta ya no estaban. La soledad del momento me daba un zarpazo, sólo cabía esperar.

5.00 A.M.

Una hora y media, se dice pronto. Se hizo eterna, los segundos parecían minutos, los minutos horas y las horas días. Y entre tanto, todavía no sabía nada.

Subí a la habitación de mis hermanos, dormían tranquilamente, ajenos a la realidad. Qué suerte, en otro mundo, con la inocencia propia de su edad.

Envidiaba su situación. En esos momentos hubiera dado lo que fuera por estar en su lugar y no en el mío. Estaba desesperado, no se lo desearía ni a mi peor enemigo. La incertidumbre me consumía y la angustia se apoderaba de mí por momentos.

5.30 A.M.

El teléfono no sonaba y continuaba sin saber nada. No podía hablar con nadie, pues, a estas horas todo el mundo dormía. Continuaba solo, o lo que es peor, solo conmigo.

De repente sonó el teléfono. No dio tiempo a terminar el primer tono.

Contesté exaltado.

-¡Mamá! –grité confuso.

-Si- consiguió gemir con voz seca. Todavía no sabemos su estado. Un conductor borracho cruzó la mediana. El choque fue frontal y los dos conductores fallecieron en el acto.

No te voy a engañar, está muy grave, en estos momentos luchan por su vida.

Me quedé de piedra, en otro mundo, no sabía en qué pensar, hacer o decir.

-¿Sigues ahí? –preguntó mi madre.

-Sí – respondí en un intento de reacción.

-Acuéstate y duerme un rato. Cuando sepamos algo te llamamos y no le digas nada a tus hermanos. Simplemente hemos salido temprano.

-¿Cuándo puedo ir?

-Todavía es pronto y por ahora necesito que te quedes con ellos.-Se despidió.

6.00 A.M.

Después de mucho cavilar me di cuenta de que era inútil darle más vueltas y que lo único que cabía hacer por mi parte era intentar dormir, aunque era consciente de la imposibilidad de este acto.

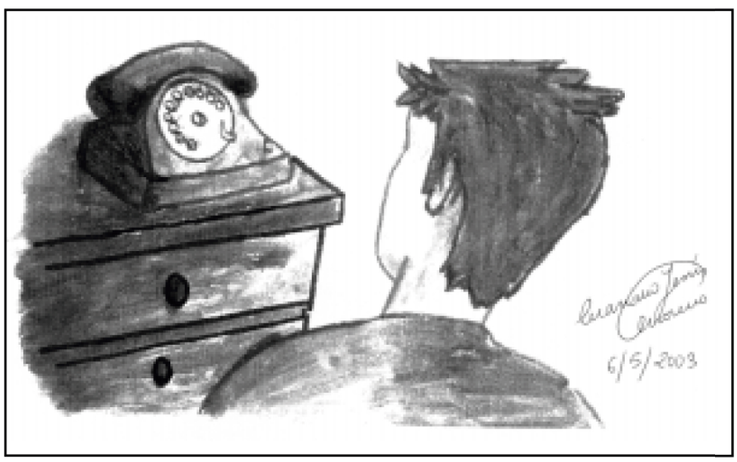
La oscuridad volvía a absorberme y con ella la soledad. Menuda mezcla. No podía más. Era imposible que cualquier persona en mis circunstancias hubiera soportado tanta presión.

Encendí la luz, miré el reloj y sólo habían transcurrido 5 minutos, no podía ser, a este paso me iba a volver loco, cosa que poco a poco me iba ocurriendo, y entre tanto no podía borrar de mi mente el reflejo de mi hermana. Recordaba los momentos que habíamos pasado juntos, No podía morir. Sus grandes expectativas de vida y sus ganas de vivir no le dejarían, pero podía pasar, y no podía estar a su lado, despedirme, ni un mísero adiós. No podría vivir con ese peso toda la vida. Era demasiado para mí.

Decidí llamar a mi madre al teléfono móvil. Descolgué, comencé a marcar.

Un gran sentimiento de culpa me invadió de repente. Como podía pensar en eso, era mi hermana y pensando en su triste final. Y encima egoísta, no podía preocupar más a mis padres.

En ese mismo instante el zumbido del comunicar del teléfono se metió hasta el fondo de mi oído y me hizo bajar de aquello que llaman nube. Aunque puedo asegurar que en ese momento mi mente se encontraba en un lugar muy distinto a una



nube.

6.30 A.M.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo.

El teléfono sonó de nuevo. Ahora mi padre se encontraba al otro lado. Entre llantos murmuró: Ya no está entre nosotros, nos ha dejado.

No lo podía creer. Colgué instintivamente el teléfono sin decir nada. Me quedé de piedra sentado en el sillón, de nuevo conmigo mismo.

En ese momento me di cuenta de la vulnerabilidad del ser humano. Creemos que somos tanto, que lo tenemos todo y en un instante lo perdemos sin saber porqué, ni lo que nos espera al otro lado.

Hoy, un año después, no sé si por cosas del destino, todavía no he superado el mazazo que nos dio la vida, y no sé si lo superaré algún día.

Ya sólo pienso en el día en que la vuelva a tener delante, para decirle lo mucho que la echo de menos, y no permitirle que se vuelva a marchar sin al menos "una despedida".

Luis Pérez López
Garantía Social